

Nuestra Identidad Oculta*

Es común que en círculos intelectuales o artísticos de Santiago se plantee el problema de la identidad chilena, lo cual desde la partida es una trampa, por cuanto en rigor correspondería hablar de “identidad santiaguina”. Digo esto pues el centralismo capitalino es tan fuerte que produce una perjudicial distorsión de la realidad nacional. En la práctica Santiago ignora a Chile y, por lo tanto, hablar desde aquí de la identidad chilena resulta poco autorizado, desubicado, presumido y sin correspondencia con lo que realmente ocurre en otras ciudades y regiones del país.

El santiaguino, en gran medida, conoce algunos lugares de Chile gracias a sus vacaciones, generalmente en verano. Sin embargo, en tal situación las ciudades y pueblos muestran una cara diferente, preparada para recibir al turista. Además, en muchos casos, el santiaguino forma “grupo aparte” con otros santiaguinos y no se involucra con los lugareños. De esta manera, se goza de las bondades y bellezas de Chile en circunstancias idealizadas, que no tienen nada que ver con la realidad cotidiana del año.

La mentalidad y actitud centralista del santiaguino le hace creer y decir que “Santiago es Chile” aunque, en gran medida, como lo he dicho en otras ocasiones, ocurre que “salir de Santiago es entrar a Chile”. De allí nuestra endémica ignorancia sobre Chile. Y esto se reconfirma con nuestra ignorancia —y falta de debate— sobre nuestra historia y geografía en general, incluyendo el presente. ¿Qué santiaguino sabe algo sobre la actual realidad de Arica o Antofagasta? ¿Quién sabe sobre las salitreras María Elena o Chacabuco? ¿Quién tiene noción de los problemas y aspiraciones de Coyhaique, Punta Arenas o Chiloé? ¿Qué ocurre en Curicó, Melipilla, San Bernardo o Maipú? Si se hace una encuesta, fácilmente se podrá comprobar que aquí sabemos más de afuera que de adentro del país.

El problema es histórico y se inicia cuando Pedro de Valdivia fundó Santiago. Nuestra ciudad se constituyó en un “fuerte protegido”, temeroso de la agresividad de los mapuches (quienes sólo estaban defendiéndose de la agresividad de los invasores). Así, el Santiago de la colonia se desarrolló marginado de la realidad chilena y muy conectado a la corona española. Desde su cuna aprendió a ignorar lo de adentro y a añorar lo de afuera. Esa fue la matriz colonial que quedó impregnada en nuestra mente.

* El presente artículo fue publicado en dos partes, en la revista Matiz N° 6 y N° 7, año 1998, del Instituto Profesional Escuela Moderna de Música, Santiago de Chile.

Pero este comportamiento se reforzó por la situación geográfica tan aislada que vivió el santiaguino por siglos. El Desierto de Atacama en el norte, la Cordillera de los Andes en el oriente, el Océano Pacífico en el poniente y los agresivos mares del sur, operaron como “poderosos muros” que hicieron de Chile y Santiago una isla. Y ello desarrolló un carácter isleño en nosotros, impregnado de un “complejo de carencia”, que nos llevó a querer traer todo el mundo hacia nosotros; ansiedad que se tradujo en un afán sistemático por construir réplicas del mundo en Santiago, para sentirnos más cerca de los demás países, en especial de Europa y actualmente de EEUU. De esta forma, culturalmente —y por siglos— los santiaguinos nos desarrollamos como expertos copiadore del mundo, como una forma de combatir nuestro aislamiento y compensar nuestras carencias. Santiago se transformó en un gran centro de copia. Y por ello en la actualidad se gastan muchos más recursos en difundir las culturas extranjeras que la nuestra, lo cual resulta absurdo y desequilibrante. Por ejemplo, en la música clásica la situación es extrema, pues se enseña y difunde un repertorio casi puramente europeo, con tope en el siglo XIX; vale decir, en 3 años más estaremos viviendo de la música de “otro continente” y del siglo “antepasado”.

Esto demuestra claramente que Santiago sigue siendo un «enclave colonial», tal cual lo ha sido desde su origen. Y ello bloquea o inhibe gran parte de nuestro potencial creativo e interés por investigar y descubrir lo propio y más próximo. De hecho hoy para muchos santiaguinos la cultura europea y/o estadounidense les resulta más propia y cercana que cualquier cultura regional chilena o latinoamericana. No obstante, lo paradójico es que tampoco conocemos la cultura europea y estadounidense en su realidad cotidiana. Solo nos guiamos por estereotipos o experiencias aisladas de unos pocos. Y con ideas fijas —del pasado— hacemos réplicas a la distancia, cual provincianos o colonia del mundo seguimos siendo.

Santiago ignora a Chile y a América. Así, los planteamientos santiaguinos que se hacen sobre la identidad se fundan en la ignorancia, en el complejo de carencia y en la copia de mundos ficticios (en “*la copia (in)feliz de otros edenés*”). Y las raíces de este comportamiento encuentran su matriz en la colonia: he allí nuestra estirpe —nuestra memoria genética— que hasta hoy día nos tiene entrampados en un “moderno centro colonial”. Frente a esto, el mundo intelectual y artístico santiaguino construye respuestas muy suspicaces que, en rigor, tienen bastante de verdad, pues responden a nuestra forma de ser: Se suele decir que la identidad chilena —en realidad santiaguina— es justamente no tener identidad, o bien está en el ser copiadore y vivir de las réplicas de otros mundos.

Así y todo, tal actitud es bastante cómoda y conformista, con una gran cuota de autocomplacencia e inercia

colonial: delata flojera intelectual, falta de creatividad y curiosidad por investigar y descubrir nuestra realidad más allá de las cúpulas académicas y elites artístico-intelectuales. Como contrapartida, hay quienes —con rebeldía, nostalgia y/o resentimiento— proclaman una identidad fundada en las raíces precolombinas. No obstante, tal comportamiento es igualmente extremo. La clave está en asumir nuestro doble origen —europeo e indoamericano—, pues nuestras raíces están en ambas partes. Allí hay una identidad oculta, latente, que subyace a nosotros, la cual —por nuestros complejos y colonialismo vigente— aún no sabemos reconocer ni asumir.

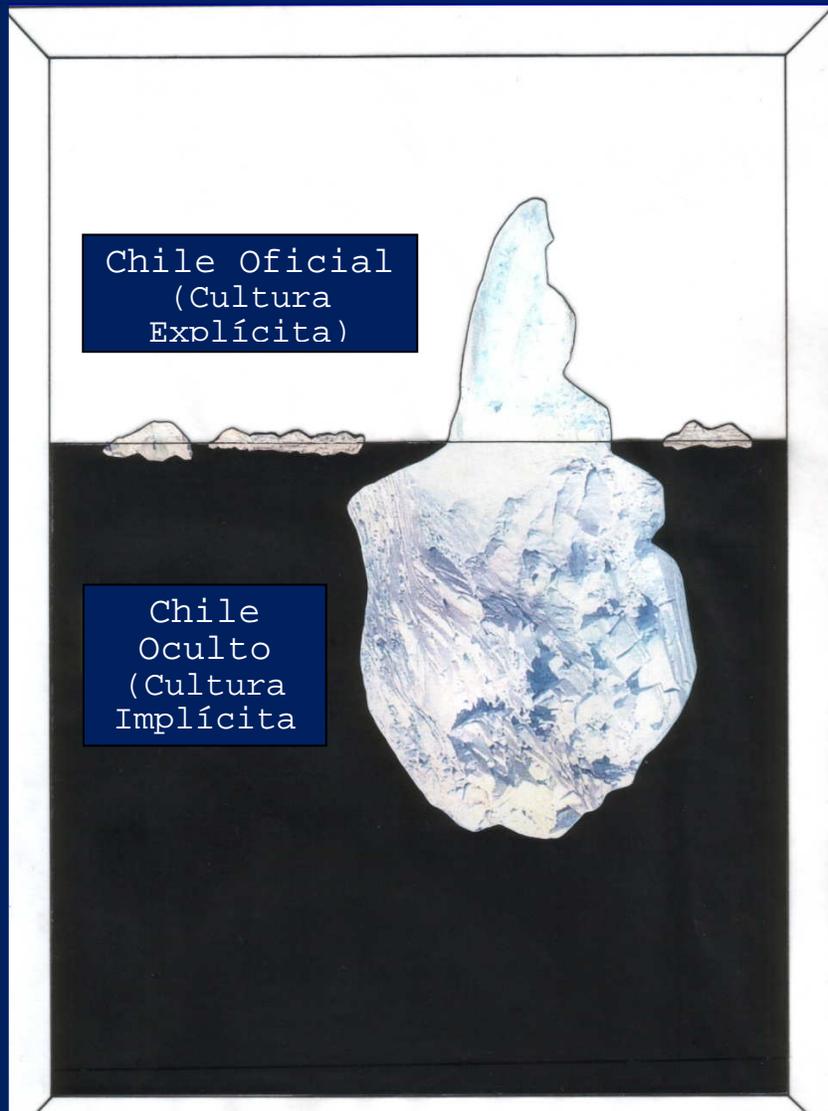
Todo ser humano, consciente e inconscientemente, durante su vida establece y desarrolla relaciones entre su mundo interior y exterior. Si ellas son favorables —especialmente en la infancia—, se generan poderosos vínculos afectivos que dan lugar al “sentido de pertenencia”, junto a la motivación y compromiso por conocer e interactuar con el entorno. De esta manera, se consigue una relación de reciprocidad y retroalimentación permanente entre la persona y su contexto, que se traduce en múltiples estímulos y oportunidades para el desarrollo de las potencialidades individuales y colectivas.

Este escenario de vida constituye un soporte físico y psíquico fundamental para la autoestima y ganas de vivir y convivir entre las personas de un determinado lugar. La relación con el mundo exterior se hace viva y motivadora, más allá de las dificultades y limitaciones propias del ser humano. Se establece una identidad vital y manifiesta, que es reconocida y asumida con un sano orgullo por sus protagonistas. En tal sentido, la identidad opera como el conjunto de relaciones físicas, emocionales y racionales, que permite a las personas vivir en sintonía con su entorno (pasado, presente y futuro). Se trata de una dialéctica viva entre el mundo interior y exterior; una resonancia donde el entorno potencia a las personas y éstas potencian a su entorno. Es el flujo y reflujo de energía humana que dinamiza y enriquece a una Cultura.

No obstante, Chile, y especialmente Santiago, están muy lejos de reunir las condiciones históricas y actuales para que sus habitantes generen vínculos con su entorno, de modo de sostener una identidad vital y manifiesta. Nuestra identidad está oculta, implícita, reprimida, censurada y autocensurada. Hay un doble estándar, una cultura oficial modelada históricamente por las fuerzas (neo)colonialistas del hemisferio norte —reforzadas por nuestra sumisión e inercia— que nos enajena e impide una relación directa con lo nuestro. De hecho los programas educacionales y los propios medios de comunicación, hasta hoy día han sido cómplices de ello, creando muros de separación y desorientación que nos han mantenido desvinculados y poco comprometidos con la realidad chilena y latinoamericana. Y así hemos vivido durante siglos bloqueados por

nuestra ignorancia e indiferencia de lo propio, con todas las consecuencias de inseguridad, desconfianza, dependencia y vulnerabilidad que ello significa. Nuestros complejos de carencia, inferioridad y/o superioridad, han aflorado por doquier, lo cual, por ejemplo, explica que muchas veces la vida artística santiaguina derive en el esnobismo o en simples réplicas de lo que se hace en otros países.

El Iceberg del Chile real



Ahora bien, por el hecho de tener inteligencia, sentimientos, percepción y memoria, es imposible que los seres humanos no establezcamos relaciones con el entorno que, en forma directa o indirecta, por aceptación o rechazo, impliquen un grado de identidad. Necesitamos tener referentes; necesitamos tener sentimientos de pertenencia; necesitamos identificarnos con algo para no quedar huérfanos y ambulantes en un mundo de soledad sin sentido, cual marionetas dirigidas desde otras latitudes. Y por ello, más allá de lo que digan las cúpulas académicas o los círculos intelectuales y artísticos santiaguinos, reconozcámoslo o no, la identidad chilena existe: tenemos una forma propia de ser, de hablar, caminar, vestirnos, relacionarnos, alimentarnos y, en general, de vivir, que nos hace distintos y completamente identificables en relación a cualquier país del mundo. Otra cosa es no querer o no estar preparados para asumirla. Nos da vergüenza; el temor al ridículo nos inhibe. Sobreestimamos lo de afuera y subestimamos lo de adentro. Nos da miedo mirarnos y reconocernos en el espejo, aunque su reflejo existe desde los niveles más cotidianos. Somos nosotros mismos los que le damos la espalda a nuestra identidad.

Y es evidente que no se puede querer lo que no se conoce; por ello, nuestra ignorancia nos impide asumir y potenciar nuestra identidad. De allí que el camino de solución está en la vinculación y compromiso directo con el entorno, siendo fundamental una educación pertinente y contextualizada, que nos ayude a aprender a vivir y a convivir en el lugar y tiempo donde cada uno está. Lo propio debe ocurrir con los medios de comunicación que, hoy por hoy, paradójicamente, nos incomunican de nuestra realidad y nos sumergen en una “realidad virtual” bastante enajenante y manipuladora. La “Reforma Educacional” promete importantes cambios en este sentido; he de esperar que pronto llegue también una “Reforma Comunicacional”.

Junto a lo anterior, cada persona está invitada a salir del aislamiento para realizar su propio “Descubrimiento de América” y, por cierto, de Chile. Ello implica viajar y tomar contacto directo con la geografía, las personas, los monumentos naturales, nuestra memoria arqueológica, nuestros ritos y costumbres, nuestras certezas e incertidumbres, conflictos y contradicciones. Ello implica descubrir la gran diversidad cultural de nuestro país, superando el centralismo y la uniformidad impuesta desde Santiago. Ello implica romper con el doble estándar del Chile oficial y el Chile oculto, aceptando nuestro doble origen europeo e indoamericano sin discriminaciones, sabiendo valorar y escuchar tanto a las culturas mapuche, aymara y rapanui, como a la hispánica, alemana o croata, además de otras que actualmente existen en nuestro país. Ello implica reconocer que la clave está en asumir que nuestra cultura es, antes que nada, “mestiza”. Allí está la base: el encuentro natural de las raíces que nos conforman; nuestro doble origen; nuestro dualismo cultural. Basta con observar el mapa y ver los nombres de nuestros pueblos y ciudades para darse cuenta: María Elena - Calama/ San Felipe -

Concón/ Santiago - Melipilla/ Los Angeles - Chillán/ Concepción - Bío-Bío/ Puerto Montt - Chiloé, son claros testimonios que demuestran que son dos las columnas que sostienen a nuestra historia y cultura mestiza. Y ambas son igualmente importantes. El error ha sido no reconocer ni asumir lo indoamericano y, más aún, la raza mestiza, que es la raza de la América Postcolombina y, por cierto, del siglo XXI: es la raza de los encuentros.

Claro está que, por otra parte, para superar el colonialismo también tenemos que creer en nosotros mismos; tenemos que desarrollar una cultura creativa y participativa que nos (retro)alimente y vincule al entorno. De lo contrario seguiremos copiando a ciegas, esclavizados, viviendo fuera de contexto. Y no se trata de encerrarse o de caer en un (neo)nacionalismo; simplemente se trata de conocernos, de tener algo que ofrecer más allá de las materias primas, de tener personalidad y carácter para poder relacionarnos y enriquecernos recíprocamente con los demás países. Se trata de superar la antigua dependencia y reemplazarla por una convivencia más avanzada entre los pueblos, basada en la interdependencia y los respetos mutuos.

Asimismo, para descubrir nuestra identidad oculta es necesario “recordar”, pues sin memoria no hay identidad posible. Y aquí también hay que decir que la mala memoria chilena es un mito: el problema es que, por las mismas razones ya explicadas, no queremos recordar, no queremos asumir nuestro pasado y presente. De esta manera, tanto nuestra identidad como nuestra memoria permanecen ocultas; viven y pujan de la mano en nuestro inconsciente. Sin embargo, ser sincero con uno mismo y reconocer lo propio es fundamental para que la vida de un país sea consistente y motivadora. León Tolstoi nos dijo: *“escribe sobre tu aldea y serás universal”*. Parfraseándolo a él, bien se puede decir: *“vive y descubre tu aldea y serás universal”*. Y tal aldea, que en un principio es nuestro entorno, en esencia es nuestro propio espíritu, es la “aldea interior” donde cada cual, en su intimidad, tiene las principales claves para contribuir a superar la inercia colonial y el complejo de carencia, ayudando así a reflotar nuestra memoria e identidad oculta, para poder asumirlas con propiedad.

Gabriel Matthey Correa